

A propósito de las reformas

León Trotsky

17 de septiembre de 1913

(Versión al castellano desde “À propos des réformes”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 332-337; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 257, 17 de septiembre de 1913.)

El sueño de la tierra se ha metido en la cabeza de los soldados movilizados. Durante toda la campaña militar, los periódicos, los ancianos de los pueblos y los oficiales jugaron con el hambre de tierra de los campesinos rumanos. Las tierras del Cuadrilátero son realmente excelentes, pero por desgracia ya están ocupadas. No hay latifundios estatales búlgaros que puedan servir de patrimonio al gobierno de Bucarest. La tierra pertenece desde hace mucho tiempo a los campesinos. Circulan rumores de que, una vez cruzada la frontera, los oficiales rumanos fueron a los pueblos a preguntar dónde estaba la casa del latifundista, y se quedaron estupefactos cuando descubrieron que no había ni una sola. En Bulgaria no hay *latifundistas*, por eso sólo en el Cuadrilátero hay varias decenas de agricultores millonarios. La riqueza global de la nueva provincia se estima en unos dos mil millones de francos. Es una cifra impresionante para un país pequeño como Rumanía. Pero, ¿qué importancia podría tener el Cuadrilátero para los campesinos moldavos o valacos? Los terratenientes turcos podían ser expulsados de las tierras que habían arrebatado a Turquía sin ningún reparo porque el bey sabía que se encontraba en territorio hostil. En cambio, la masa compacta de campesinos búlgaros que pueblan estas tierras es un asunto completamente distinto. Cualquier intento de arrebatársela provocaría inmediatamente una lucha guerrillera desesperada, cuando no una revuelta general. La oligarquía rumana aún no ha decidido cómo abordar este problema.

Pero las expectativas de los campesinos rumanos son altas. Por un lado, la campaña militar les ha hecho darse cuenta de que representan la principal fuerza del estado y, por otro, están exasperados por la incompetencia, negligencia e insensibilidad de los gobernantes. Se ha pronunciado la palabra *tierra*. Por primera vez desde la rebelión de 1907, la cuestión agraria se ha impuesto en este país con toda su agudeza. Los partidos del gobierno se agotan en reflexiones y enfrentamientos sobre dos fechas: la revuelta de 1907 y la campaña de 1913. He aquí, por ejemplo, cómo enfocaba la cuestión el órgano oficioso de los liberales: “El feroz rebelde de ayer se ha convertido hoy en defensor de la ley y el orden. Se somete a la disciplina sin rechistar. Los acontecimientos de 1907, como los de 1913, atestiguan que el campesino rumano es una buena masa, sólo hay que saber amasarla”. Esta cínica franqueza se explica por el hecho de que los órganos oficiosos de los tres partidos rumanos dominantes se publican en francés; además, la camarilla gubernamental prácticamente no tiene contacto con el pueblo, entre otras cosas porque éste carece de derechos políticos. Los periódicos de los partidos se utilizan para las disputas internas entre las camarillas o para comunicarse con las cortes y las bolsas europeas o con los diplomáticos europeos. El verdadero carácter de las relaciones políticas en Rumanía puede apreciarse en un pequeño detalle: las principales publicaciones de los grupos políticos gobernantes se imprimen en una lengua extranjera, la lengua de los *diez mil de arriba* (en realidad, en Rumanía representan menos de la mitad de esa cifra).

El rebelde feroz se ha convertido en el defensor del orden. Pero incluso un defensor del orden, que regresa de la guerra y ha visto frustradas todas sus esperanzas,

puede fácilmente volver a convertirse en rebelde. En este sentido, el contacto directo entre los campesinos y los obreros de la ciudad desempeña sin duda un papel importante. El movimiento obrero rumano es joven; la mayoría de los trabajadores organizados tienen entre veinte y treinta años y casi todos han sido movilizados. En cada compañía hay al menos una docena de trabajadores socialistas. Durante toda la campaña, estos trabajadores han seguido haciendo lo que ya habían hecho en tiempos de paz: criticar, denunciar, debatir y hacer propaganda. La clase dominante rumana siempre ha mantenido una división entre el campo y la ciudad. El pueblo rumano siempre ha estado (y sigue estando) excluido de los nuevos modelos de vida, de las nuevas ideas y, en general, de las garantías constitucionales. La constitución rumana garantiza y regula las relaciones entre los distintos elementos de la casta dirigente, pero descuida las relaciones entre ésta y los campesinos. Cuando se trata de preservar la ignorancia rural frente a la perniciosa influencia de la modernidad, todos los partidos dominantes hacen causa común. Esta campaña militar ha abierto sin duda una brecha en el sistema: ha reforzado la percepción del campesino de su derecho a estar descontento, y este descontento se ha definido precisamente por el simple hecho de que el hambre de tierra de los campesinos se ha convertido en tema de discusión entre ellos y los obreros.

Los gobernantes rumanos sienten la necesidad urgente de tomar medidas extraordinarias, pero también saben que cualquier acción sería estaría reñida con sus propios intereses fundamentales. Por eso buscan soluciones milagrosas que eliminen el peligro sin tener que cambiar nada.

Arion, el ministro de tierras del estado, ha hablado de la necesidad de dar a los agricultores 250.000 *pogones* (un pogón equivale a media hectárea) de tierras estatales. Consciente de la insuficiencia de esta medida, ideó un subterfugio utilizando las recientes adquisiciones de la Cuadrilátero. La idea sería la siguiente: el estado compra las tierras de los búlgaros que no aceptan el nuevo poder y las distribuye entre los campesinos rumanos. Se habían presupuestado dos millones y medio de francos para este fin. Con poca confianza en la voluntad de los búlgaros de ceder sus tierras, el gobierno llevará a cabo una verificación general de los derechos de propiedad en Dobruja. Dado que, desde la dominación turca, muchos búlgaros han entrado en posesión de tierras, pero no de los títulos legales correspondientes, y que, después de que Turquía perdiera Dobruja, aún otros entre ellos adquirieron tierras sin observar ninguna formalidad particular, el gobierno rumano espera recuperar una cantidad suficiente de tierras para constituir el fondo estatal. Esta perspectiva preocupa no poco a los búlgaros del Cuadrilátero, como pude comprobar durante mi estancia de cuatro días en Dobruja. Y no cabe duda de que, si se permitiera una confiscación tan perversa (en cualquier caso, insuficiente para satisfacer el hambre de tierra de los campesinos rumanos), habría que contar con la resistencia de los enérgicos y valerosos campesinos búlgaros. Estos últimos ya habían demostrado (durante la revuelta de 1900 contra las reaccionarias medidas fiscales de Radoslavov) su capacidad de luchar con determinación para defender sus derechos.

Los liberales se declaran insatisfechos con las medidas agrarias previstas por el gobierno, por considerarlas insuficientemente *radicales*. Piden que se decrete nada menos que la “enajenación forzosa” en las regiones de Rumanía en las que ni el estado ni los bancos agrícolas poseen tierras. Esto implicaría una indemnización para los propietarios calculada sobre la base del valor de mercado más un veinte por ciento. Obviamente, la carga de reembolsar esta magnánima y usuraria tasa recaería enteramente sobre los hombros de la clase agrícola, que ya está atrapada en la espiral de la fiscalidad. En realidad, los liberales son absolutamente incapaces, como los conservadores, de ejercer el menor *radicalismo* en el terreno agrario, a pesar de sus protestas en los periódicos contra los latifundistas. Como partido de los nuevos terratenientes (los *ciocoi*), los

liberales se ganaron en gran medida el consenso de estos últimos, gracias al crédito agrícola a gran escala concedido a costa del tesoro público. Además, al haber estado en el gobierno y a la cabeza del ministerio de hacienda durante veintiocho años (después de 1866), los liberales adquirieron, gracias al crédito agrario a pequeña escala, el apoyo de todos los elementos del campo surgidos de las masas, gracias a su posición y a su espíritu de iniciativa: kulaks, maestros y sacerdotes.

La masa políticamente impotente de los campesinos ha sido reducida por estos sistemas a condiciones de servidumbre, en beneficio de la oligarquía rural que constituye el principal apoyo del gobierno de la camarilla de boyardos y *ciocoi*. Parece absolutamente claro que el partido liberal, en simbiosis con los elementos del parasitismo agrario, es incapaz, al igual que el partido conservador, de conducir a Rumanía por el camino de la democracia agraria, camino que ha tomado, por el contrario, Bulgaria. Mientras tanto, los partidos gubernamentales se enzarzan frenéticamente en torno a la cuestión agraria, con polémicas en los periódicos, acusaciones y denuncias mutuas que sacuden el mundo rural, ya agitado por los acontecimientos militares. La tensión crece en el campo.

Después de la cuestión agraria viene, por orden de importancia, la reforma del sistema electoral. De los 183 diputados de la asamblea nacional rumana, 70 son elegidos por los latifundistas y los grandes capitalistas, 75 son impuestos por el gobierno latifundista a la pequeña y mediana burguesía de las ciudades y 38 fueron seleccionados entre los *colegios rurales*. Estos últimos se dividen a su vez en dos, de modo que 30.000 kulaks (taberneros, arrendatarios, usureros, sacerdotes, profesores-kulaks) tienen más peso que los 1.300.000 cabezas de familia restantes. El parlamento rumano resultante no es más que una especie de *propiedad inalienable* de cinco mil latifundistas.

En Bulgaria, donde la servidumbre del campesinado fue abolida al mismo tiempo que la dominación turca, el sufragio universal, como instrumento político de la democracia campesina, es ahora un factor de conservadurismo y lo seguirá siendo hasta que el desarrollo capitalista transforme al proletariado búlgaro en una poderosa fuerza política. En cambio, en Rumania, donde el feudalismo aún no ha sido abolido, el sufragio universal, al dar a los campesinos la posibilidad de liberarse de la servidumbre, representa innegablemente una consigna revolucionaria.

Si es inútil esperar que la casta dominante se elimine a sí misma mediante la expropiación en gran escala del latifundio, del mismo modo sería ingenuo esperar que aceptara suicidarse por un método indirecto... es decir, mediante la concesión del sufragio universal. Los liberales prometen suprimir el sistema curial e introducir el colegio electoral uninominal. Sin embargo, esta reforma seguirá siendo un expediente técnico mientras no se definan los cocientes censales necesarios para la admisión al voto. Si Rumanía contara con una clase media sólida, que pudiera disfrutar de derechos electorales, aunque fuera dentro de los límites de una cláusula censal, el panorama político del país cambiaría. Pero Rumanía es un país formado por una aristocracia agrofinanciera y una masa de campesinos pobres. En estas condiciones, una cláusula de censitaria no significaría más que el mantenimiento de la dominación de la vieja oligarquía. Por el contrario, el sufragio universal supondría una ruptura radical con las instituciones y tradiciones de la barbarie boyarda.

En tercer lugar, está la cuestión judía. Del mismo modo que se sugirió la idea de la tierra a los campesinos movilizados, se habló de la igualdad de derechos para los judíos. En cuanto estuvo claro que no habría guerra, los oficiales pasaron de los buenos modales a los métodos brutales, cubriendo a los soldados con todo tipo de insultos. Del mismo modo, tan pronto como estuvo seguro de que no había peligro inmediato, el gobierno cambió radicalmente su actitud hacia los judíos o, para ser más precisos, recurrió al

habitual tono arrogante y a la prepotencia antisemita. La *Unión Judía*¹ del país ha lanzado un llamamiento a los judíos para que proclamen alto y claro su patriotismo. Por supuesto, todo esto no es más que un espectáculo. Pero una de las consecuencias de este llamamiento ha sido que varios centenares de jóvenes judíos, en su mayoría estudiantes que esperaban adquirir el derecho de ciudadanía, se presentaron voluntarios. Tras un mes en los cuarteles, se les comunicó que habían sido aceptados por error y quedaron excluidos del ejército. Durante la campaña, los judíos movilizados sufrieron todo tipo de humillaciones a manos de las autoridades militares. Al comienzo de la movilización, se dio por sentada la naturalización de todos los judíos (se calcula que unos 15.000) que participaban en la campaña. Sin embargo, incluso esta modesta medida, que sólo afecta a una vigésima parte de los judíos rumanos, es poco probable que se adopte hoy en día.

La prensa de todos los partidos del gobierno sostiene que los judíos no tienen nada de qué quejarse, ya que pronto serán naturalizados “en masa”. En realidad, durante este año excepcionalmente favorable para los judíos, el número de naturalizados ascendió a... sesenta y una personas. Si las cosas siguen a este ritmo, ¡pasarán dos siglos y medio antes de que todos los judíos movilizados puedan disfrutar de derechos civiles!

La iniciativa de Luzzatti (es decir, la carta en la que proponía la creación de un comité internacional para garantizar los derechos civiles y políticos de los judíos rumanos) ha provocado una furia paroxística en la prensa local. Por un lado, la casta dirigente rumana declara que los judíos son extranjeros y, por otro, que el resto del mundo no tiene derecho a intervenir contra las humillaciones que inflige a esta categoría de sus súbditos. “Renegad de él, renegad. ¡Los judíos debéis repudiar a Luzzatti ya!” es la exigencia de toda la prensa liberal y conservadora. Incluso el líder del ala izquierda populista del partido liberal, el emigrado político ruso Sterea, que debió de adquirir su arrogancia en la política moldava, se sintió en el deber de expresar en la prensa su asombro por el hecho de que los judíos aún no hubieran “renegado” de Luzzatti. Nadie es capaz de decir con precisión qué es lo que hay que repudiar. Pero el cálculo, basado en la mentalidad eslava de los dirigentes de la Unión Judía, ha resultado acertado. En lugar de estar a la altura del desafío y avergonzar a uno de sus desvergonzados líderes, su cuerpo de prensa se ha retorcido como una serpiente. “Es imposible rebatir los hechos mencionados por Luzzatti porque son irrefutables. Pero quienes nos acusan de soltar fábulas a la prensa europea nos calumnian (!). Consideramos que la injerencia de los políticos judíos es absolutamente inútil, cuando no perjudicial. Estamos completamente de acuerdo, en este punto, con nuestros estadistas (por ejemplo, con el rumano Puriškević).” La respuesta del periódico judío, junto con otras acciones de la Unión Judía, ha tenido la feliz singularidad de conseguir matar dos pájaros de un tiro. Su sumisión, desgraciadamente no incondicional, irrita a la oligarquía, mientras que su mezquino servilismo le hace perder el respeto de los partidarios sinceros de la igualdad de derechos para los judíos.

Sólo el partido de los trabajadores de Rumanía atribuye a la cuestión judía su verdadera importancia. La convierte en una cuestión de lucha por la democracia, inseparable de la abolición de la dominación política y económica de la oligarquía semifeudal. Aparte del partido de los trabajadores, no existe en Rumanía ninguna otra fuerza democrática organizada que sea consciente de sus propios deberes. Pero esto no significa que el partido socialista esté aislado. Al contrario, la necesidad objetiva de asumir el papel de guía de todos los sujetos que hoy son políticamente pasivos, pero cuya existencia y desarrollo son incompatibles con el régimen actual, se ha impuesto al partido. Se trata, en primer lugar, de los campesinos rumanos, muy sacudidos por la guerra, luego, de las masas obreras judías a las que la Unión arrastra al campo de las ilusiones y humillaciones políticas y, por último, de la población democrática de Dobruja que,

mañana o pasado mañana, tendrá que preocuparse de qué actitud adoptar frente al orden político vigente en Rumanía.

Como ya hemos visto, las perspectivas de reforma desde arriba son extremadamente efímeras. Esto no impide que la necesidad de reforma sea un hecho objetivo que confiere un carácter revolucionario a la situación política. Aunque la constitución tiene ya medio siglo, quizás sería apropiado decir que es precisamente a causa de esta constitución por lo que Rumanía no ha comenzado todavía su revolución burguesa. Bajo la dominación turca, se formó en Rumanía una casta feudal alógena, gobernada no por una monarquía nacional, sino por un núcleo turco-fanariota. Una vez abolida la dominación extranjera, no había lugar para el absolutismo monárquico en el país, y la única fuerza política existente era la casta de los boyardos. Esta casta sólo podía imponer su dominio en forma de absolutismo oligárquico, y los cimientos de este absolutismo los proporcionó la constitución de 1866. A falta de una dinastía nacional, la oligarquía había puesto sus miras en un príncipe alemán como maestro de ceremonias. Pero cuanto más duraba el absolutismo oligárquico feudal, más contradicciones se acumulaban. Al final, toda la historia política de Rumanía se resume en las exigencias *européas* de reformas internas y la incapacidad de la casta dirigente para aplicarlas. Ahora es una guerra, y no es la primera vez que ocurre en la historia, la que ha presentado a la oligarquía la suma total de sus pecados y crímenes. Queda por ver si el pueblo, que es el acreedor, tendrá la fuerza suficiente para exigir el pago.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ La Unión de los Judíos rumanos, formada recientemente, representa el primer intento, aunque modesto, de la burguesía judía de provocar un debate en la comunidad judía rumana sobre la cuestión de la ausencia de derechos. Sobre la Unión Judía ver en esta misma serie de nuestras EIS: “La cuestión judía”. L. T.